

Perulero». El primero publicó hasta diez cartas con la firma de «Un porteño», del 22 de enero al 6 de febrero de 1876 en el diario *La Libertad*, de Buenos Aires. Para Gutiérrez, la mezcla racial y la consiguiente mezcolanza lingüística que sufrió Argentina determina que sus habitantes utilicen el español heredado, pero —dice— «no podemos aspirar a *fixar* su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua metrópoli»¹³. La amenaza de degeneración idiomática se conjura invocando el progreso: Hispanoamérica abrió sus puertas a la cultura europea bajo el señuelo civilizador de países como Francia. Y concluye:

El idioma tiene íntima relación con las ideas y no puede abastardarse en país alguno donde la inteligencia está en actividad y no halla rémoras al progreso¹⁴.

Y en la segunda de las cartas cruzadas, el argentino completa así su argumentación:

Porque es preciso no olvidar que hablamos en el supuesto de que nuestra sociedad ha de hacer cuanto es deber suyo para que se mejore y adelante todo aquello que contribuye a la civilización, y que no ha de descuidar el cultivo general de las inteligencias, único modo de llegar a tener idiomas perfectos sin necesidad de Academias, como lo vemos en Inglaterra y en Alemania¹⁵.

He recogido estos textos de Gutiérrez, no sólo porque desde sus discursos del Salón ponen sobre el tapete la reivindicación de un nacionalismo lingüístico y literario, sino sobre todo, porque son paradigmáticos de la trayectoria que sigue el grupo romántico. Al planteamiento emancipador como secuela del momento político de rechazo a España, sucede una actitud deslumbrada ante la civilización y el progreso —como consecuencia de las doctrinas filosóficas positivistas— que conlleva un pragmatismo frente a la lengua. En efecto, ya que lengua y pensamiento constituyen un binomio inseparable, se aceptarán todas aquellas innovaciones lingüísticas que supongan un crecimiento intelectual. Todo ello explica muy bien por qué la generación romántica del Plata lastró el ideal independentista con la sumisión a los modelos europeos — como han dicho algunos críticos entre los que se encuentra Zum Felde¹⁶—.

También en Alberdi se puede detectar la preocupación por el tema americanista ligada a la literatura de la época. En el exilio de Montevideo, el grupo del 37 cerró filas en torno a *El Iniciador* que editaba Miguel Cané (padre)¹⁷ y que en 1841 promovió un certamen poético para conmemorar la revolución de Mayo. Con ese motivo, Florencio Varela emitió un informe sobre el estado de la literatura nacional, que fue rebatido por Alberdi. Más que un choque violento entre clásicos y románticos, ...«la oposición se marcaba, pues, entre un defensor ardoroso, juvenil, identificado con esenciales rasgos románticos (Alberdi), y un hombre que defendía tibiamente una tradición literaria con concesiones a lo nuevo (Florencio Varela)»¹⁸. También en Alberdi —que se instalaría posteriormente en Chile donde coincidió con Sarmiento— se observa un «corrimento» en cuanto a sus inquietudes americanistas, desde los temas literarios al instrumento lingüístico. Ante la creación de academias correspondientes de la espa-

¹³ Gutiérrez, Juan M.^a. Carta al señor secretario de la Academia española (recogido en Arturo Cambours Ocampo. Lenguaje y nación. Buenos Aires, Marymar, 1983, pág. 44).

¹⁴ *Ibidem*, pág. 46.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 50.

¹⁶ Cfr. Zum Felde, Alberto. Índice crítico de la Literatura Hispanoamericana. Tomo II, El ensayo y la crítica. México, Guarantía, 1954.

¹⁷ Para algunos fue esta revista la responsable de la consolidación del romanticismo y el utopismo socialista en el Plata. Cfr. al respecto José Enrique Rodó. «Juan M.^a Gutiérrez y su época» (en *El mirador de Próspero. Obras Completas. Madrid, Aguilar, 1967, págs. 690-739*).

¹⁸ Carilla, Emilio. El romanticismo en la América Hispánica. Madrid, Gredos, 1967, tomo I, pág. 139.

ñola en América, reaccionó con un artículo que lleva por título «De los destinos de la lengua castellana en la América antes española» —publicado póstumamente en el 98 aunque está escrito en el 71—. Allí se plantea el absurdo de que naciones independientes sigan siendo lingüísticamente súbditas de España, ya que «no puede un país soberano dejar en manos del extranjero el magisterio de su lengua»¹⁹. Con estos presupuestos y en cuanto a política lingüística a fines del XIX, no puede pensarse en otra cosa sino «en el mismo principio en que descansan sus relaciones políticas y comerciales, a saber: el de la más completa igualdad e independencia recíproca, en punto a autoridad»²⁰.

La conexión literatura-sociedad, tan determinante en el romanticismo, le lleva a exponer una teoría muy cercana a la sustentada por Gutiérrez:

Las lenguas no son obra de las Academias; nacen y se forman en la boca del pueblo (...). Siguen los destinos de las naciones que las hablan; y como cada nación tiene su suelo, su historia, su gobierno (...) en cierto modo, se sigue de ello que dos naciones, aun hablando el mismo idioma, no podrán jamás hablarlo del mismo modo²¹.

España, al obstinarse en no reconocer la rápida independencia de sus colonias y al evitar posteriormente los contactos con Sudamérica, propició la entrada de neologismos que no deben inquietar, «pues no puede dejar de escribir bien el que bien piensa»²².

Las palabras y la evolución gnoseológica de Gutiérrez y Alberdi son representativas de lo que fue la posición teórica —ya que no verdaderas polémicas entre clásicos y románticos— de uno de los grupos avanzados del momento, la generación del Plata²³. Los intelectuales propusieron programas nacionalistas amparándose en las doctrinas de moda en Europa; pero con división de opiniones respecto de la manera en que habían de aplicarse. Los más viejos, neoclásicos de formación, fueron más cautos y tendieron a un lento evolucionismo de la herencia colonial; mientras los jóvenes, románticos y revolucionarios, apostaban por la revolución radical. Así lo ha señalado con acierto Ángel Rama para quien incluso la verdadera polémica, «la polémica romántica de 1842 en Santiago de Chile, más que dos estéticas opuso estos dos comportamientos culturales definidos en torno a dos fuertes personalidades, Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento»²⁴. Las fases del conflicto son bien conocidas y partiendo del eje lingüístico se amplían al debate sobre el romanticismo. El incidental punto de partida estuvo en el comentario de Sarmiento a *Ejercicios populares de la lengua castellana*, de Pedro Fernández Garfias, obra en que se señalaban algunos usos defectuosos del castellano con la subsiguiente necesidad de corregirlos. Sarmiento desde *El Mercurio* respondió de forma tajante:

La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si se nos perdona la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la

¹⁹ Alberdi, Juan Bautista. «De los destinos de la Lengua castellana en la América antes española» (en *Cambours Ocampo*, op. cit. pág. 35).

²⁰ *Ibidem*, pág. 35.

²¹ *Ibidem*, pág. 34.

²² *Ibidem*, pág. 37. *El concepto es exacto al de Gutiérrez: la apertura lingüística a Europa es acertado corolario de la necesaria cosmovisión cultural.*

²³ *A lo largo del siglo, los pronunciamientos de americanismo literario son casi tópicos (Zenea, Magariños Cervantes, Mera... y muchos más recogidos por Carilla en el estudio citado).*

²⁴ Rama, Ángel. *Autonomía...*, op. cit., pág. 8. *Tanto Bello como Sarmiento se opusieron al tradicionalismo inmovilista, aunque el hecho de pertenecer a dos generaciones distintas terminó por enfrentarlos.*

corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero, ¿qué se ha de hacer?, todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohinos, la agregan ya que no hay remedio y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo²⁵.

Lo violento y radical del reto lleva a Bello a polarizarse a su vez, en un concepto aristocrático del lenguaje heredado de la Ilustración —por otra parte, muy extendido en la élite culta hispanoamericana—. Bajo el pseudónimo de *Un quidam* envió una crónica a *El Mercurio* en la que se afirmaba que:

En las lenguas, como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma²⁶.

A pesar de la abrumadora categoría del adversario, Sarmiento no cejó en su posición y rebatió una por una las tesis del artículo de Bello. La actitud del argentino presenta concomitancias con sus compatriotas Gutiérrez y Alberdi, si bien su apasionamiento característico le lleva a extremas posiciones, insistiendo en que la emancipación debe atañer también al instrumento lingüístico:

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente: que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado²⁷.

El planteamiento lingüístico sarmientino es un mero corolario del que esboza para la política nacional: el atraso argentino obligará a importar —inmigración europea para educar al pueblo— un pensamiento progresista que deberá traslucirse en el vehículo lingüístico. Clausurar una lengua, codificándola desde la óptica purista, es para él cerrar las puertas nacionales a un incremento cultural absolutamente necesario para la Argentina de mediados del XIX. Su vida se planteará de cara al lector de *Mi defensa* (1843) y *Recuerdos de provincia* (1850) como una auténtica cruzada en este sentido. En su caso —su condición de emigrado beligerante— la polémica degeneró en una controversia personal en la que se comparaban las incipientes literaturas chilena —cuya originalidad puso en duda— y argentina; y se barajaban los conceptos clásico/romántico. Vicente Fidel López —también inmigrado argentino— desde *La Gaceta de Valparaíso*, y Sarmiento desde *El Mercurio*, se enfrentarán a *El Semanario de Santiago*, constituido por redactores chilenos discípulos de Bello, entre los que destacaba Núñez, que acudían a la palestra para vengar el honor nacional ultrajado. Así, se explica que Bello se retirara a un discreto segundo plano y que la polémica viniera a incidir sobre el emblemático discurso con que el chileno Lastarria inauguró la Sociedad Literaria el 3 de mayo de 1842, que se considera hoy piedra fundacional

²⁵ Sarmiento, Domingo F. «Ejercicios populares de lengua castellana». *El Mercurio*, 27 de abril de 1842 (en Prosa de ver y pensar. Buenos Aires, Emecé, 1943, págs. 82-83). Citaré por esta antología que recoge los textos de la contienda en las páginas 81-144.

²⁶ Un quidam. «Ejercicios populares de lengua castellana». *El Mercurio*, 12 de mayo de 1842 (en Prosa..., op. cit., pág. 142).

²⁷ Sarmiento, Domingo F. «Contestación a 'Un quidam'». *El Mercurio*, 19 de mayo de 1842 (en Prosa..., op. cit., pág. 92).

²⁸ Lastarria, Victorino. Recuerdos literarios. *Santiago de Chile, 1912* (Obras Completas, vol. X, págs. 136-137).

²⁹ Cfr. Pinilla, Norberto. Panorama y significación del movimiento literario de 1842. *Santiago de Chile, 1942*. Cfr. también Alegria, Fernando. «Orígenes del romanticismo en Chile» (en Cuadernos Americanos. México, 6, 1947, núm. 5, págs. 1732-193). Carilla, en el manual ya citado, esquematiza los pasos de la polémica que complicó a varios chilenos.

³⁰ Sobre educación literaria, con Bello; sobre la juventud chilena con su discípulo José M.^a Núñez; sobre ortografía castellana con Rafael Minvielle; sobre romanticismo, con los redactores de *El Semanario y Jotabeche...* y como escaramuzas a nivel más personal, con Godoy y Juan Nepomuceno Espejo. Cfr. en este sentido: Rojas, Ricardo. El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento. Buenos Aires, Losada, 1945.

³¹ Sarmiento, Domingo F. «La cuestión literaria». *El Mercurio*, 25 de junio de 1842 (en Cambours Ocampo, op. cit., pág. 40).

³² *Ibidem*, pág. 40.

³³ Bello, Andrés. Obras Completas. Tomo VIII, ed. cit., pág. 372.

³⁴ Citado por Carilla, Emilio. La literatura de la independencia hispanoamericana. Buenos Aires, Eudeba, 1968, pág. 78.

del romanticismo en Chile. Una vez más, presupone la conexión literatura-sociedad, por lo que reclama letras propias como habían hecho Gutiérrez y Echeverría en el Salón Literario. Sus palabras fueron terminantes en este sentido:

No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda²⁸.

Tras esta declaración de independencia apoyada en la naturaleza, se muestra partidario de beber en las fuentes francesas, no para «copiar servilmente», sino para estimular la imaginación con una literatura sabia, llena de «colorido filosófico» y dirigida democráticamente a todo un pueblo. En cuanto al asunto lingüístico, Lastarria es más precavido que Sarmiento y afirma que, si bien la literatura española es ya «otra», la lengua de los clásicos es la fuente del idioma nacional y, en consecuencia, debe conservarse.

A pesar de su cautela en relación a la autonomía del castellano en América y de que nunca nombró específicamente al romanticismo como tal, sus palabras provocaron el estallido de la ya inevitable confrontación —recuérdese la de Hugo— entre clásicos y románticos, que ha estudiado entre otros Norberto Pinilla²⁹. Ello explica que los sucesivos textos sarmientinos aúnen el tema lingüístico y el de la escuela en pugna: «Los gallos literarios», «La cuestión literaria» y «Raro descubrimiento» constituyen hitos señalados del humor del argentino en esa primera polémica del 27 de abril al 30 de junio del 42, que dio paso a una fase en que el cuyano se enfrentó a todos y teorizó sobre todo lo humano y lo divino³⁰. Su postura es tajante:

Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles³¹.

Progresista, reformista nato, «sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos —dice— abrimos la puerta a las reformas (...) (en busca de) una literatura nueva expresión de la sociedad nueva que constituimos»³². Esa sociedad deberá ir regida por una divisa: «libertad». Tal vez, fue este último aspecto el que retrajo a un Bello que, no obstante, en sus declaraciones de años sucesivos no dista demasiado de los conceptos sarmientinos:

O es falso que la literatura es el reflejo de la vida de un pueblo, o es preciso admitir que cada pueblo de los que están sumidos en la barbarie es llamado a reflejarse en una literatura propia y a estampar en ella sus formas³³.

Dirá en un discurso que pronunció como rector de la universidad chilena el 29 de septiembre de 1848. Unos años antes, en el acto inaugural del 43, había dicho: «Esta es mi fe literaria. Libertad en todo, pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación»³⁴.